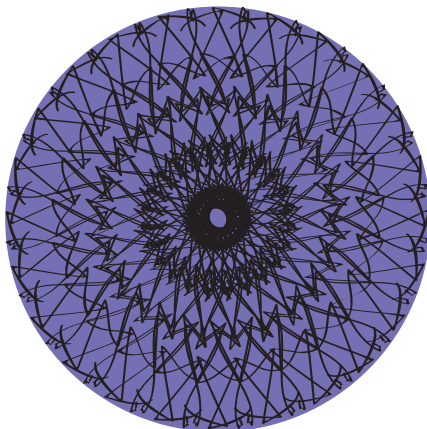


Usos del pasado en la Argentina contemporánea: memorias, instituciones y debates



Marta Philp y Eduardo Escudero (compiladores)
Denise Reyna Berrotarán / Ayelén Brusa
Verónica Canciani Vivanco / Cristian Celis / Gloria Di Rienzo
Eduardo Escudero / Carolina Favaccio / Marcelo Guardatti
Daniel Guzmán / Diego Naselli / Marta Philp / Agustín Rojas



Universidad
Nacional
de Córdoba

Usos del pasado en la Argentina contemporánea:
memorias, instituciones y debates



Colección Cuadernos de Investigación

Usos del pasado en la Argentina contemporánea: memorias, instituciones y debates

Ayelén Brusa

Verónica Canciani Vivanco

Cristian Celis

Gloria Di Rienzo

Eduardo Escudero

Carolina Favaccio

Marcelo Guardatti

Daniel Guzmán

Diego Naselli

Marta Philp

Denise Reyna Berrotarán

Agustín Rojas

Programa de Investigación *Historia política de Córdoba*

Universidad Nacional de Córdoba

Rector: Dr. Hugo Oscar Juri

Decana de Facultad de Ciencias Sociales: Mgter. María Inés Peralta

Editorial del Centro de Estudios Avanzados

Centro de Estudios Avanzados, Facultad de Ciencias Sociales,

Av. Vélez Sarsfield 153, 5000, Córdoba, Argentina

Directora: Adriana Boria

Coordinación Ejecutiva: Alicia Servetto

Coordinación Editorial: Mariú Biain

Comité Académico de la Editorial

M. Mónica Ghirardi

Daniela Monje

Alicia Servetto

Alicia Vaggione

Juan José Vagni

Coordinador Académico del CEA-FCS: Enrique Shaw

Coordinador de Investigación del CEA-FCS: Marcelo Casarin

Asesora externa: Pampa Arán

Cuidado de edición: Mariú Biain

Diseño de Colección: Silvia Pérez

Diagramación de este libro: Silvia Pérez

Responsable de contenido web: Diego Solís

© Centro de Estudios Avanzados, 2020

Usos del pasado en la Argentina contemporánea: memorias, instituciones y debates / Marta Philp _ [et al.]; compilado por Marta Philp; Eduardo Escudero. - 1a ed. - Córdoba: Centro de Estudios Avanzados. Centro de Estudios Avanzados, 2020. Libro digital, PDF - (Cuadernos de investigación)

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-1751-86-0

1. Historia Argentina. 2. Historia de la Provincia de Córdoba. 3. Historiografía. I. Philp, Marta, comp. II. Escudero, Eduardo, comp.

CDD 982.54

Índice

Prólogo: ¿Qué memoria para qué historia? Alicia Servetto	9
Presentación Marta Philp y Eduardo Escudero	17
Construir tradiciones: procesos de institucionalización de la historia en Córdoba entre 1924-1941 Denise Reyna Berrotarán	21
Los usos de Marx en la historia santiagueña: el debate sobre la Revolución Rusa. Yusseme-Irurzun (1917-1919) Daniel Guzmán	45
La Academia Nacional de la Historia Argentina y sus proyectos de historia provincial/regional durante el siglo XX Agustín Rojas	59
Levillier y su proyecto de historia colonial: la instauración y construcción de la civilización hispanoamericana Diego Naselli Macera	87

Historia, política y memoria en los años 70: una lectura desde la Córdoba “mística y doctoral” Marta Philp	105
Bischoff, su lugar de privilegio en la construcción del pasado provincial Verónica Canciani Vivanco	119
La batalla por la Batalla. Política, memoria y debate historiográfico en torno a la Batalla de Oncativo-Laguna Larga, Provincia de Córdoba (1953-1982) Marcelo Guardatti	131
Reforma de la Constitución de Córdoba en 1949: derechos del trabajador y sindicatos en tierras del convencional leonense Delfino Zemme Cristian Celis	155
Memoria y dictadura: el Museo de la Lucha contra la Subversión en Buenos Aires y en Córdoba, <i>para exhibir la superioridad del bien contra el mal</i> Eduardo Escudero	181
La Escuela de Filosofía (UNC) en el contexto de “retorno” a la democracia: saber y política desde la memoria transicional de docentes y alumnos Carolina Favaccio	199
1989. La renuncia de Alfonsín Gloria Di Rienzo	221
La historia como literatura de lo social y el estudio de los usos del pasado como literatura de lo político Ayelén Brusa	249
Noticias sobre los autores	267

La Academia Nacional de la Historia Argentina y sus proyectos de historia provincial / regional durante el siglo XX

Agustín Rojas

Introducción

En este trabajo se analizarán los diversos impulsos institucionales y representaciones conceptuales ensayados por una de las mayores instituciones culturales de carácter oficial de la Argentina, la Academia Nacional de la Historia¹ –en adelante ANH–, en torno a la *historia provincial y regional* a lo largo del siglo XX. Cada año un número mayor de investigadores se han inclinado por identificar antecedentes historiográficos de la “historia provincial” y “regional” (Micheletti, 2013; Leoni, 2015; Bandieri y Fernández, 2017). Al autodefinirse durante varias décadas como “guardiana de la memoria” y el patrimonio nacional, la ANH se ha destacado por su gran dinamismo en cuanto a la “conservación” de los rasgos centrales de la “cultura histórica argentina y americana” (De Marco, 1993: 15). De la mano de impulsos propios ligados, no obstante, a políticas de la historia impartidas desde el Estado, los selectos historiadores que integraban sus sitiales esbozaron acercamientos inclusivos y prolongados sobre las comunidades intelectuales localizadas en las provincias.

Contrariamente a la presunta parcialidad y “porteñismo” de la “Historia Oficial”, cuyo principal baluarte sería la ANH, las articulaciones entre historiadores de Capital Federal y del interior se desarrollaron de forma sostenida desde la primitiva Junta de Historia y Numismática Americana (1893), en las primeras décadas del siglo XX, hasta la década del 90 inclusive. De modo que dicha sociabilidad confirma un fenómeno de larga durabilidad, solidificado en base a redes recíprocas y convenios institucionales eficaces. Si bien desde sus ini-

cios la ANH deseaba configurar una “historia nacional” verosímil necesitaba, pues, contar con los “aportes” de “historiadores de provincia” y sus realidades epistémicas: a través de regulares intercambios, circulación de artefactos y consensos interpretativos, estos agentes pudieron avizorar una comunión de intereses.

El optimismo con el que se ha encarado estos estudios contrasta con la laxitud y libertad de los criterios metodológicos de tales empresas. El concepto de “región” ha distado de unívocas referencias, cuando no rechazos o asimilaciones acríticas (Leoni, 2015: 170). Al tratarse de una “construcción social”, no debe extrañar que “lo regional” como aspiración haya suscitado polémicas urticantes. Asimismo, el conflicto interpretativo reflejó con nitidez las diversas prácticas, así como inconexiones entre las mismas ciencias sociales a la hora de establecer criterios. La historia ha compartido esta inquietud con disciplinas tan diferentes como la geografía, la antropología, la sociología y la economía. Nada mejor que un análisis histórico para desentrañar y comprender las mutaciones conceptuales, los usos lingüísticos engendradores de disidencias y la densidad política latente detrás de la trama epistemológica.

Tras analizar los conflictos culturales del siglo XX, en Argentina, sobresalen numerosos esfuerzos sectoriales tendientes a una autoafirmación de “lo nacional”, ya sea frente a comunidades globales, como así también sobre vastos segmentos nativos. Por lo que el prolongado intento de la ANH de estabilizar un relato totalizador, conciliador y superador de cualquier particularismo, debe comprenderse como una operación no solo de corte académico, sino claramente ética-política. Es por ello que, a partir de una comprensión general acerca de las diversas configuraciones sobre “lo regional” y “provincial” propuestas por la corporación oficial de historiadores hasta las postrimerías del siglo indicado, se intentará responder en este trabajo a los siguientes interrogantes: ¿cómo la ANH ha gestionado la tensión Nación/provincias?, ¿cómo evolucionaron los contactos y solidaridades académicas entre las comunidades historiográficas? En adelante, se dividirá el problema en dos partes atendiendo, en primer lugar, al peso de los relatos fundacionales en la historiografía erudita y, enseguida, el análisis detectará la transfiguración de estos primeros impulsos en la segunda mitad del siglo.

De las crónicas a la “simbiosis erudita” entre historiadores de provincia y la Nueva Escuela Histórica

Desde fines del siglo XIX, el crecimiento de las comunidades letradas y élites intelectuales en Latinoamérica estuvo acompañado por una mayor predisposición a interpretar el pasado (Bentancurt Mendieta, 2018). En el caso de Argentina se desarrollaron auténticas significaciones de carácter “nacional” y “local” destinadas a la emergente opinión pública estimulada por la expansión del sistema educativo, la prensa y la burocracia estatal. Estos imaginarios colectivos resultaban condicionados por las demandas simbólicas del nacionalismo, las disputas facciosas y la influencia de modelos epistemológicos mundiales. Claro que tales representaciones distaban de ser monocordes; por el contrario, los principales centros urbanos asistieron a un proceso de producción de escrituras amparadas en un presunto nuevo régimen de verdad. Desde las primeras crónicas registradas en el siglo XVIII, hasta artefactos textuales más complejos relacionados a propedéuticas historicistas durante la segunda mitad del siglo XIX, puede apreciarse una extendida aceptación de la historiografía erudita documental tanto entre historiadores de la ciudad de Buenos Aires como en numerosos historiadores de provincia. Estos primeros ensayos se cristalizaron híbridamente a través de abogados, militares, periodistas u hombres de pluma, en definitiva, actores que instrumentalizaban la cultura al servicio de la batalla política (Pagano, 2009: 18).

Las distintas memorias en conflicto comenzaron a esbozarse menos fragmentariamente cediendo a opciones interpretativas precisas. En gran medida, gracias a la mejor cohesión territorial, mutaciones en las prácticas intelectuales influenciadas por la cultura letrada europea y el apoyo de las autoridades públicas. Para las élites que sobrevivieron a las guerras civiles, intervenir públicamente exigía afirmarse en referencias concretas con relación al pasado reciente. De modo que B. Mitre, V. F. López, D. F. Sarmiento, J. M. Paz, D. Vélez Sarsfield, entre los principales protagonistas, aportaron las primeras representaciones que alimentaron la cultura histórica nacional durante décadas. La construcción del Estado nacional se trataba, en efecto, de una experiencia compartida por las distintas generaciones intelectuales rompiendo con el pasado al imponer con eficacia el esquema civilización/barbarie.

A partir de la primera presidencia de J. A. Roca (1880-1886), el Estado nacional se encargó de la impresión y difusión de textos considerados válidos para la enseñanza oficial y que transparentaban las presuntas cualidades de la cultura nacional. Puesto que esta incipiente “Historia Oficial”, al erigirse al calor de trayectorias políticas relacionadas con los “vencedores de Caseros”, resultaba evidente que el intento de consolidar un gran relato fundacional difícilmente podía quedar exento de controversias. Prácticamente desde que B. Mitre había publicado *Historia de Belgrano y de la Independencia argentina* (1857), comenzaron a gestarse resistencias no menores provenientes de actores porteños como V. F. López, hasta figuras del interior preocupadas por el lugar marginal y peyorativo ocupado por las provincias en tal construcción teleológica como D. Vélez Sarsfield. En cuanto a los caudillos, cuando no eran “bastardos” como en los casos de J. B. Bustos y E. López, o “anarquistas” como J. Artigas, cargaban con el estigma de haber sido una sucesión de “democracias bárbaras” contrarias al diseño apolíneo de la *República posible*. El propio Vélez Sarsfield, desde la prensa facciosa, logró cuestionar nada menos que el diseño estético-político romántico concerniente al Panteón Nacional. Argumentando los roles claves en la Independencia, revitalizó la figura del extinto M. de Güemes, impugnó la jerarquía de M. Belgrano y describió los sucesos políticos de 1810 como un estallido “porteño”.

Estas polémicas se habían vinculado tempranamente, en gran medida, con lo que J. C. Chiaramonte ha identificado como el mito de la prelación de la *Nación* sobre las *provincias* (Chiaramonte, 2013: 24). Cualquier consistencia imaginaria sobre “lo nacional” implicaba, pues, significar experiencias memoriales en conflicto. B. Mitre había ficcionalizado el espacio argentino y sus antiguos habitantes predispuestos a la “libertad” esperando, en efecto, el momento para desembarazarse de España y aspirar a adoptar instituciones republicanas (Botana, 1984: 46). Por otro lado, en *Historia de Belgrano* reiteró este argumento y fue concluyente al condenar a los caudillos de acelerar el fracaso de democratización liberal asociado a los “hombres de Mayo”. Pero en *Historia de San Martín y la Independencia Sudamericana* (1887), había ofrecido un símbolo de gravitación sobre la esfera nacional que sería adoptado rápidamente por el conjunto de las élites porteñas e interioranas. Estos relatos infundían un peso sin parangón; en parte por cualidades como una sofisticada metodología y, también, por gozar de

la benignidad estatal ayudando a su imposición cultural. Desde distintas provincias, sin embargo, segmentos letrados diversos reaccionaron contra algunas de estas imágenes cuyas resonancias peyorativas no pasaron por cierto inadvertidas. No eran por lo general impugnaciones virulentas, sino más bien correcciones, reivindicaciones sobre héroes locales “olvidados” o con injusta calificación, sin abandonar de ninguna manera la gloriosa “nación preexistente” (Buchbinder, 2008: 165).

Numerosos “intelectuales de provincia”, R. Rojas, M. Cervera, R. J. Cárcano, R. Lassaga entre otros, buscaron esclarecer el papel de las provincias dentro de las fisuras del “relato nacional” sin emprender una auténtica *contramemoria* (Suárez y Tedeschi, 2009; Brezzo, Micheletti, Molina, 2013). Acordando con A. Eujanian el papel de estos productores culturales “(...) no era cuestionar el relato cristalizado del proceso que se iniciaba con la Revolución de Mayo de 1810 y culminaba en Caseros o la Organización Nacional, ni tampoco enfrentar el consenso liberal” (Eujanian, 2014: 10). Mediante diferentes canales y soportes editoriales publicaban escritos que, en algunas oportunidades, obtuvieron el apoyo financiero de los poderes públicos provinciales. Comprender las condiciones epistemológicas de producción en la provincianía, o *locus*, es de suma importancia si se pretende analizar con pertinencia el lugar de la enunciación en la transición al siglo XX. De acuerdo a T. Martínez, el espacio en donde los intelectuales de provincia ejercían sus prácticas se trataba de una dimensión social concerniente a dinámicas de circulación, recepción e intercambios culturales signadas por audiencias limitadas y una labilidad entre lo público y lo privado (Martínez, 2013: 172).

Estos intelectuales, a pesar de las evidentes estrecheces de medios, comenzaron a nuclearse disponiendo de precoces espacios destinados a las ciencias y las artes, donde también lo político no solía ser una esfera desconocida. Funcionaban, prácticamente, como comunidades interpretativas, algunas modestas y otras con mayor grado de autonomía, nucleadas en torno a centros universitarios como en las ciudades de Córdoba, La Plata y, posteriormente, Mendoza y Santa Fe, pero también en el seno de Clubes Sociales o Escuelas Normales en los casos de aquellas provincias con insuficientes instituciones culturales tales como Tucumán, Corrientes, Salta y Santiago del Estero (Guzmán, 2014). En un primer momento estas sociabilidades de letrados no se diferenciaban de los intereses inmediatos de las familias patricias

locales y, solo en el transcurso del siglo XX, admitirían a otros segmentos sociales. B. Mitre junto a un grupo selecto de eruditos había fundado la flamante Junta de Historia y Numismática Americana –en adelante JHNA–, primera institución de proyección nacional concerniente al conocimiento histórico. El prestigioso político e intelectual ocupó su dirección hasta su fallecimiento en 1906. Esta institución incluía a diversos agentes, principalmente militares, diplomáticos, sacerdotes y abogados. Se perfilaba como una incipiente sociabilidad de “hombres de letras” con lazos interpersonales de desigual volumen. La misma fue expandiéndose gradualmente tras incorporar precozmente a un número cada vez mayor de cronistas provincianos quienes respondieron con entusiasmo a la iniciativa.

En cuanto a los miembros de número y los correspondientes de esta entidad, predominaron en los sitiales primero figuras oriundas de Córdoba y, en segundo lugar de Santa Fe, poniendo en evidencia la gravitación de ciertas áreas sobre otras. Estudiosos de prestigio público como los cordobeses I. Garzón, P. Grenón, R. J. Cárcano, P. Cabrera, E. Martínez Paz, el santafesino R. Lassaga, el santiagueño A. Figueroa y el salteño B. Frías, habían sido incluidos con solemnes ceremonias entre 1900 y 1950. Aún bajo el yugo de B. Mitre figuraban cronistas poco dialoguistas, provincianos ensimismados, como los mencionados I. Garzón y R. Lassaga. Incluso cuando los historiadores del *locus* comenzaron a organizar sus propias juntas de historia, asociaciones apoyadas por el Estado provincial solicitando a menudo asesoramiento, las mismas no desdeñaron la articulación y proximidad con la JHNA. En Buenos Aires y la Plata, principalmente, a través del fortalecimiento de los espacios institucionales tendientes a jerarquizar el estatus cognitivo de la disciplina mediante conexiones con los escenarios internacionales hispanoamericanos emergieron, a partir de la década del 20, grupos de historiadores insertos en dispositivos académicos, pronto adscriptos por A. García bajo el mote de “Nueva Escuela Histórica” (Pagano, 2009: 140). Figuras como R. Levene, R. Carbia, D. L. Molinari, L. Torres y R. Ravignani, entre otras, se identificaban como continuadores de la labor de B. Mitre. Exponían un papel público anclado en una misión científica y patriótica que, en efecto, se beneficiaba al mismo tiempo del historicismo alemán. El control de los archivos públicos se evidenció en el acceso prolongado al Archivo General de la Nación hasta los archivos provinciales, ya sean públicos o eclesiásticos. Los elencos aquí estudiados, asi-

mismo, exhibieron una presencia privilegiada en los museos nacionales y provinciales con fuentes históricas como parte de su inventario².

La política de acercamiento de la Nueva Escuela Histórica a los historiadores de provincia se perfiló de la mano de intelectuales como R. J. Cárcano, presidente de la JHNA durante los períodos 1919 y 1923 y 1931 y 1934 (Escudero, 2018: 89). Pero también a través de uno de los mayores operadores historiográficos del siglo: R. Levene. Con una influencia notoria sobre los grupos internos más activos de la JHNA y vínculos sofisticados con el poder político, es probable que pocos historiadores hayan ejercido una gravitación semejante, logrando cristalizar ambiciosos proyectos tales como la obtención de recursos económicos y aval oficial para moldear la cultura histórica nacional (Escudero, 2010). Cuando la Junta adquirió el rango de Academia Nacional de la Historia, en 1938, el Estado nacional de la mano del presidente A. Justo había reconocido como historiadores profesionales a estos elencos, habilitándolos a escribir los volúmenes de la *Historia de la Nación Argentina* (1936-1950), mientras les eran asignados ingentes fondos públicos. Tal empresa colectiva había contado con aportes concretos de historiadores de provincia como los cordobeses E. Martínez Paz, P. Cabrera y los bonaerenses E. Barba y C. Heras (Quattrocchi Woisson, 1995; Reyna Berrotarán, 2013).

Gracias a los vínculos de R. Levene con el poder político, los asesoramientos a los poderes públicos se constituyeron en frecuentes demandas. La Comisión Nacional de Museos, Monumentos y Lugares Históricos³ trabajaba en este sentido, desde 1940, significando “lo histórico” y “sagrado” interviniendo en el espacio público con un poder simbólico notable. R. Levene, y algunos historiadores de perfiles similares como Emilio Ravignani, se acercaron al *locus* en numerosas oportunidades intercambiando correspondencia con sus intelectuales, revisando archivos y, no siempre con la misma regularidad, impulsando distintas redes propensas a intercambiar producciones. Se puede observar claramente, entre las décadas del 20 y 30, a historiadores tucumanos, cordobeses, correntinos y santiagueños que enviaban artículos al *Boletín* del Instituto de Investigaciones Históricas de Capital Federal. Una clara “simbiosis erudita” que obliga a interrogarse lo siguiente: ¿no participaron algunos historiadores de provincia y la Nueva Escuela Histórica del mismo proceso de institucionalización/profesionalización encarnando diferentes ángulos? Seguramente sí. La recepción es explicable como

parte de un mecanismo de dotación de prestigio a partir de la aceptación de las mismas reglas de juego (Bourdieu, 2002: 42). ¿Qué sería entonces la Nueva Escuela Histórica? Quizá haya que discutir su excesiva singularidad tal como lo planteó lúcidamente T. Halperín Donghi (Halperín Donghi, 1980: 839).

Incluso las vetas revisionistas florecieron en el interior de manera muy temprana. E. Ravnani había enviado a copistas y ayudantes archiveros a misiones científicas destinadas a transcribir las constituciones provinciales. El esquema de inteligibilidad propuesto concebía reconocer el “papel de las provincias” en el “cuerpo nacional”, sin desconocer la prelación de la Nación. Compartía la crítica sobre la parcialidad de los relatos decimonónicos junto con historiadores muy impugnadores como el cordobés F. Silva y había indagado el archivo de J. G. Artigas incursionando en lecturas revisionistas. En 1934 en el prólogo a la *Historia de la Nación Argentina* R. Levene, tras criticar el carácter “anárquico” y “fragmentario” de los relatos historiográficos previos a 1900, propuso aspirar a una “síntesis” y pacificación intelectual:

Esta proporción del todo y las partes integran el moderno concepto de la historia de la Nación y las Provincias, indisolublemente unidas, dando por concluida aquella etapa de la historiografía en la que se escribía una historia desde Buenos Aires y para Buenos Aires (Levene, 1938: 19).

Este operador historiográfico excelso extendió las filiales de la JHNA a Córdoba (1928) y Rosario (1929)⁴. Se acercó personalmente a dichos centros urbanos y elogió hábilmente a historiadores locales. El mutuo reconocimiento denotaba, en efecto, la inclusión de agentes que, como D. Peña o E. Martínez Paz, exigían *revisiones* sobre el canon mitrista. El primero había desarrollado una estimulante conferencia sobre Facundo Quiroga, en 1906, atinando la necesidad de desdibujar el imaginario sarmientino. En un sentido similar, en la ANH el cordobés E. Martínez Paz (Martínez Paz, 1941) exhortó:

La historia debe ser revisada, y no revisada según cánones definitivos (...) Suele confundirse frecuentemente unidad nacional con centralismo unitario (...) de aquí ha nacido ese régimen de silencios y proscripciones que se verifican en nuestra historia escrita (...) estas reflexiones

no se encaminan a preparar soñadas restauraciones, ni a abrir el camino a la propagación de ideas exóticas (pp. 12-15).

Dentro de las primeras iniciativas formales de encarar proyectos de envergadura institucional figuran los eventos *Congreso de Historia de Buenos Aires y sus pueblos* (1950), *Primer Congreso de Historia de Cuyo* (1938) y el *Congreso de Historia Argentina del Norte y del Centro* (1941), desarrollados en las ciudades de La Plata, Mendoza y Córdoba, respectivamente. Organizados por las juntas provinciales de historia, en coordinación con la ANH, básicamente se trataban de efectos sintomáticos, es decir, demandas de provincianos, apoyadas desde luego por académicos de Buenos Aires, insistiendo en los déficits presentes en las figuraciones y producciones del Interior (Escudero, 2017: 51). El común calificativo *pueblo* implicaba la apelación a una entidad trascendental sensible a atisbos espiritualistas y referencias patrióticas. ¿Se trataba de *revisionistas* en un sentido programático? Tal como sugiere J. C. Chiaramonte, las redes que integraban a los historiadores de las provincias y los elencos de la Nueva Escuela Histórica ensayaron lecturas críticas sobre los relatos decimonónicos (Chiaramonte, 2013: 150). Sin embargo, un revisionismo superficial, mesurado, que jamás descartaba el núcleo vital de la imaginaria mitrista. Nunca, en efecto, se interesaron por la virulencia del revisionismo histórico clásico fortalecido sobre todo desde la década del 30 hasta la década del 50, ni mucho menos en las propuestas de “revisiones izquierdistas” propagadas entre 1955 y 1976. La efigie de J. M. Rosas inspiraba aún sentimientos desencontrados, resabios de rabioso porteñismo o “tiranía”.

En definitiva, la ansiada “Historia Nacional” no dejó de visualizarse como un relato sagrado constituido internamente por la suma de las llamadas *historias provinciales*, las cuales estuvieron lejos de ejercer cuestionamientos al método, el estilo y la política de la historia liberal. El calificativo no fue producto de una percepción propia del *locus* sobre sus propios productores culturales, sino más bien un mote colocado por agentes externos a la provincianía. A pesar de los intercambios dinámicos con las provincias, el erudito R. Carbia en *Historia de la historiografía argentina* (1925) se había ocupado especialmente de jerarquizar cognitivamente diferentes *géneros*, asociados a etapas evolutivas de desarrollo historiográfico, cuyo re-

sultado culminaba favorablemente en su propia generación significando una superación del pasado. A diferencia de la “historia integral” y “erudita”, esbozada por B. Mitre y L. Domínguez, las “crónicas regionales” se perfilaban como historias fragmentarias y de jerarquía episódica claramente menor (Carbia, 1940: 182-183). Poco, o casi nada, se ha considerado a favor de algunos historiadores de provincia –con la excepción del elogio puntual a la obra de M. Cervera–. Desfavorecía, a manera de ejemplo, al Deán Funes y esbozaba un juicio favorable sobre M. Fraguero. Todavía las “crónicas” e historias regionales o provinciales deberían esperar varias décadas para una auténtica jerarquización.

La “historia regional” en la agenda de la Academia Nacional de la Historia

Desde mediados del siglo XX, en Argentina, comenzaron a desarrollarse frecuentes procesos políticos de demarcación regional sobre el territorio. Los Territorios Nacionales y las provincias preexistentes fueron circunscriptas, entre 1943 y 1992, dentro de diferentes ejidos bien delimitados concebidos como *regiones*. Indudablemente, estos cambios impactaron sobre las categorías y reflexiones de los historiadores (Leoni, 2015: 172).

Si bien, lingüísticamente, ya figuraban entre las demandas y constructos de intelectuales provincianos, predominaba hasta la década del 40 inclusive, el uso genérico de términos como *pueblo* comenzó a instalarse para distinguir a poblaciones asentadas sobre territorios y distritos políticos específicos, características culturales, así como también circuitos productivos. Como se ha mencionado, la ANH había demostrado un enorme interés en integrar relatos historiográficos provenientes de diferentes espacialidades con el fin de crear un “mapa nacional” inspirado en la doctrina federal y las instituciones republicanas. El interés público ejercido por estos elencos encontró en la “regionalización” la oportunidad para expandir proyectos colectivos.

Las relaciones entre historiadores de provincia y la ANH estaban más que aceptadas, fenómeno que puede percibirse con nitidez entre los miembros correspondientes por parte de las provincias que rápidamente accedieron a sitial de la corporación en calidad de titulares vitalicios entre 1955 –cuando la institución fue revitalizada tras la paralización efectuada durante el peronismo– hasta las postrimerías del siglo. La década del 60, en particular, se destacó

por haber estado signada por grandes empresas historiográficas: la supervivencia de la NEH de la mano de sus epígonos en las cátedras americanistas⁵, la expansión de perspectivas revisionistas penetrando el heterogéneo arco de las izquierdas y el intento –finalmente imposible– de arraigo institucional por parte de la historia social de la mano de historiadores socialistas (Devoto, 2006: 14). En este escenario cultural, la ANH ratificó sus entronques con la historiografía decimonónica y la NEH. El fallecimiento de R. Levene, en 1959, había derivado en la temporal presidencia de A. Capdevila y, producto del voto de los miembros, C. A. Pueyrredón asumió la titularidad entre 1960 y 1962. La conducción de la corporación por R. Zorraquín Becú (1962-1966) y M. Á. Cárcano (1967-1969) había implicado nuevos horizontes editoriales. Estos dos presidentes, retomando un proyecto leveniano, llevaron adelante la empresa colectiva llamada *Historia Contemporánea Argentina* (1963-1967). El volumen *Historia de las provincias* exhibía acercamientos novedosos hacia la historia económica, es decir, resultados de proyectos académicos que empleaban escalas regionales más amplias que los ejidos provinciales⁶.

Por una voluntad de aceptar ciertos paradigmas científicos occidentales, o quizá por temor a perder o permanecer aislada de los movimientos más dinámicos de los países desarrollados, la ANH comenzaría a interiorizarse cada vez en mayor profundidad con una posible esperanza de ejercer la tutela de los estudios sociales y económicos nacionales. Entre los historiadores económicos, quienes se han destacado por su perspectiva institucionalista, es posible destacar a P. Santos Martínez con *Historia económica de Mendoza* (1961), H. Cuccorese con *Historia de los ferrocarriles en Argentina* (1969) y J. M. Mariluz Urquijo con *Estado e industria 1810-1862* (1969). A diferencia de los investigadores del Instituto Torcuato Di Tella nunca se inclinaron hacia una estricta historia económica, sino una perspectiva jurídica y análisis de las políticas gubernamentales afectando a la producción⁷. La editorial platense Machi se había encargado de editar y poner en circulación algunas de estas aproximaciones.

Un grupo de intelectuales platenses se había destacado enormemente instalando la “historia regional” en el eje de sus opciones interpretativas. La reafirmación autolegitimante de “Escuela Histórica de La Plata” se había desplegado con eficacia sobre un regreso a lo que nunca debía romperse según las voluntades imperantes, es decir, el vínculo con la “tradición”

mediante el control de cátedras de especialidad en tópicos americanistas y espacios científicos de investigación bajo la “orientación humanística” (Girbal de Blacha, 2006: 57). Desde 1956, la planta docente platense experimentó un auge de proyectos colectivos cuyos artefactos culturales circularon a nivel nacional. Aunque algunos eran viejos como las revistas *Trabajos y Comunicaciones* o *Humanidades*, resulta notoria la articulación acentuada con distintos historiadores del país. En 1955 comenzaría el proyecto plural de la *Revista de Historia*, logrando subsistir entre 1957 y 1958. Sus colaboradores pertenecían a los centros académicos del interior. Sería *Trabajos y Comunicaciones* la que concretaría mejor una articulación estable entre historiadores de las provincias con profesionales radicados en Buenos Aires y La Plata. La selección se basaba en diversas opciones epistémicas predominando la historia política tradicional en mayor medida, la historia de la cultura o de las ideas, en menor proporción la historia demográfica y económica las cuales, como destaca N. Pagano, no siempre correspondían con las matrices renovadoras (Pagano, 2009: 194). Historiadores instalados en las provincias, como C. Segreti y E. Maeder, o pertenecientes a las mismas como B. Bosch y A. Cornejo, enviaban sus artículos a *Trabajos y Comunicaciones* al mismo tiempo que al *Boletín* de la ANH y al Instituto “Dr. Emilio Ravignani” a cargo del discípulo de E. Ravignani, R. Caillet-Bois.

Un fenómeno que explica el impacto de la modernización historiográfica fue la inclinación de los investigadores de esta casa de estudios a la historia económica, sobre todo la historia agraria en clave regional (Zarrilli, Gutiérrez y Ruffini de Grandé, 1994: 21). Aunque expresiones propias de la historia política tradicional continuaron figurando como parte del acervo más visible de las “humanidades”, las incursiones en el estudio de la colonización agrícola, el modelo agroexportador y las políticas económicas estatales, en tal sentido, ocuparon un lugar creciente entre las revistas científicas. N. Girbal de Blacha, secundada por H. Cucorese, se proyectó hacia una historia económica analizando las políticas públicas y su impacto en el espacio rural pampeano principalmente. Se había doctorado con su trabajo *Los centros agrícolas de la provincia de Buenos Aires* (1972).

Un evento de este período que sensibilizó demasiado la temperatura historiográfica corrosiva entre las diferentes corrientes que prosperaban, tales como el revisionismo histórico y la historia social, fue la celebración del Sesquicentenario de la Revolución Mayo, en 1960.

En las exposiciones del IV Congreso de Historia de América, desarrollado en Capital Federal, todavía sobresalían candentes posicionamientos con respecto a la tensión clásica Nación/provincias. La interpretación del fenómeno revolucionario, como acontecimiento fundacional y genésico de la patria, muchas veces no coincidía con los relatos de historiadores de provincia quienes lo consideraban como un atropello capitalino o “revolución porteña”, además de plantear que la patria era anterior al Estado nacional, arraigada remotamente en las provincias como herederas directas del régimen intendencial colonial. Este fue el caso de algunos historiadores mendocinos que, como J. Comadrán Ruiz u O. Acevedo, plantearon cuestionamientos revisionistas reivindicando la matriz hispánica frente al “Puerto” en sintonía a la Escuela Sevillana (Fares, 2011).

Las respuestas a tales demandas no tardaron en prosperar. Durante el I Simposio sobre la enseñanza de la Historia Argentina y Americana, coordinado en Capital Federal en 1966 por la Fundación Nuestra Historia, la reflexión de numerosos miembros correspondientes de la ANH por las provincias recayeron, en especial, sobre la posibilidad de conceptualizar una “historia regional”. Este fue el caso de Carlos S. A. Segreti⁸. Promoviendo evitar tanto las “distorsiones” localistas como “porteñistas”, sugirió como equilibrio metódico la *historia interprovincial y regional* para acceder a una “imagen más nacional y verdadera” (Segreti, 1970: 70). En tal sentido, destacaba el conflicto interpretativo latente:

Se advierte que el investigador situado en este formidable centro (Buenos Aires) ha percibido la necesidad de ajustar su visión a la totalidad del país intentando escapar del peso que significa la categoría espacio. Porque, en efecto, ¿en qué se traduce, en última instancia, aquella actitud? En juzgar severamente de la preponderancia porteña sobre el país (p. 70).

Para contrarrestar la ofensiva de historiadores del interior, destacaba a historiadores porteños que, desde la ANH, habían procedido “con labor meritoria” en inteligir el pasado provincial como lo hizo Ernesto Fitte. C. Segreti que confiaba en lo que llamaba “Historia interprovincial” –entendida como estudios comparativos e integradores entre las provincias– como solución parcial al problema. Aunque “(...) la historia provincial no sirve para explicar la totalidad de la historia argentina” (Segreti, 1970: 72) se necesitaba, de acuerdo al historia-

dor, una definición analítica y dúctil de *provincia* que permitiera la historicidad. Esta definición era coherente con la perspectiva clásica de los historiadores-juristas al definir el origen institucional del Estado argentino en las provincias preexistentes reconocidas por la Constitución. Sugería, pues, adoptar el criterio de cuestionar la demarcación temporal/política de las provincias de acuerdo a sus singularidades: mientras Córdoba podía ser inteligible como *provincia*, el Chaco, en cambio, solo lo era como *región*. Por otra parte, fue contundente al afirmar que “(...) la historia de la provincia no explica la totalidad de la historia argentina” (Segreti, 1970: 72). La precaución tendiente a evitar cualquier reduccionismo fue constante entre los académicos, diferenciándose tanto del *parroquialismo* como del *centrismo*.

Cabe destacar que en el evento también habían participado agentes como Ernesto J. A. Maeder⁹ y Armando R. Bazán¹⁰, coincidiendo enormemente en el planteo de C. Segreti, con quien a su vez habían compartido el cursado del Profesorado en Historia en el Instituto Superior del Profesorado “Joaquín V. González”. Los historiadores mendocinos ya concebían estos proyectos habiendo creado a principios de los 60 una Sección de Historia Regional en la Universidad Nacional de Cuyo y celebrando sucesivos Congresos de Historia de Cuyo. Mientras que la Universidad Nacional del Nordeste avanzaba decididamente en proyectos interdisciplinarios para analizar la pretendida “región del Nordeste”, en la provincia de Buenos Aires en 1970 se llevaba a cabo el II Congreso de Historia de Buenos Aires y sus pueblos en Tandil. Allí, las ponencias exhibidas ofrecían abordajes de calificados historiadores como S. Amaral, quienes analizaban la capitalización de las colonias agrícolas. F. Weinberg (Weinberg, 1975) se ocupó de definir “la historia regional” en estos términos:

Las historias provinciales o regionales aparecen como elementos secundarios que integran un sistema cuyo centro gravitacional está en Buenos Aires. (...) La historia regional no es un instrumento nuevo entre nosotros. Ha comenzado a aplicarse en el país desde hace algunos años, de acuerdo a las metodologías más modernas que dieron en Europa y particularmente en Francia brillantes resultados. (...) en nuestro concepto de regiones no son solamente aquellas de varias veces secular tradición histórica, como el Litoral, Cuyo o el Noroeste argentino, sino también las surgidas durante el proceso de poblamiento y de expansión económica de la Argentina moderna (p. 85).

Por iniciativa de C. Segreti y J. C. González, en 1970 la ANH inauguró el Primer Congreso de Historia Argentina y Regional, unificando todas las iniciativas interioranas dentro un mismo marco expresivo. La ANH no se encontró, en efecto, al margen de un intento de renovación historiográfica¹¹. Si bien la rigidez del cuerpo académico generaba más inmovilidades que aperturas, el nuevo presidente E. Barba (1976-1988) impulsó un proyecto cuyas raíces deberían remontarse a comienzos de la década del 70. Durante el Primer Congreso Nacional y Regional de Historia Argentina (1971), celebrado en Tucumán, E. Barba propuso que la corporación sumara nuevos enfoques y ampliara los existentes en cuanto a la historia económica, en el sentido clásico, y la historia social. Lo cierto es que desde comienzos de la década del 70 se observa en numerosos académicos y discípulos que operaban desde distintos núcleos intelectuales del país un acercamiento a la historia “económica-social”, aunque en los resultados netamente económica, fundamentalmente dedicada al comercio interprovincial y, más tarde, estudios sobre los comienzos del modelo agroexportador. A partir de su acceso a la presidencia de la ANH, E. Barba aprovechó sus vínculos con académicos del interior para proyectos madurativos que abrazaran una posibilidad de institucionalización. Desde el Segundo Congreso de Historia Argentina y Regional, en Comodoro Rivadavia (1973), el Tercer Congreso Santa Fe y Paraná (1975), el Congreso Nacional de Historia sobre la Conquista del Desierto en General Roca (1979) hasta el Quinto Congreso (1981), en Resistencia, se verifica el resultado de una década de expansión ascendente de una historiografía económica muy heterogénea.

La ANH experimentó durante los gobiernos de facto llamados “Revolución Argentina” (1966-1973) y el “Proceso de Organización Nacional” (1976-1983) oportunidades tangibles para el impulso de la “historia regional”. Durante el gobierno de J. C. Onganía la Comisión Asesora en Ciencias Antropológicas, Arqueológicas e Históricas del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas (CONICET), había sido hegemonizada por historiadores de la ANH tales como H. Cuccorese y J. M. Mariluz Urquijo. Ellos impulsaron la financiación de las trayectorias de los siguientes agentes ideológicamente cercanos a cierto hispanismo católico de derecha –E. Maeder, A. Bazán y J. F. Comadrán Ruiz– e historiadores de otras inclinaciones –N. Girbal de Blacha y S. Amaral–. En cuanto al primer grupo, E. Maeder se había destacado

por la *Historia del Chaco y sus pueblos* (1967), publicada en El Ateneo. La obra recibió el Primer Premio al Certamen regional 1965-1967. El carácter embrionario de las instituciones productoras de conocimiento social en la Universidad Nacional del Nordeste, claramente constituyó un factor favorecedor, además de su compromiso con la construcción de la cultura hispánica regional, algo muy valorado por los intelectuales del *locus*. En la década del 60, además del trabajo erudito-documental realizado sistemáticamente, en calidad de animador de imaginерías localistas acabó sumándose a importantes empresas públicas: vinculándose a la Comisión Nacional de Monumentos, Museos y Lugares Históricos y al gobierno de Corrientes fue invitado a integrar una comisión para analizar las ruinas vinculadas a la histórica ciudad Concepción del Bermejo. En 1968 integró otra comisión para analizar los polémicos restos arqueológicos de Yapeyú y, entre 1969 y 1972, finalmente colaboró en la declaración como “lugares históricos” a los parajes correntinos de Santa Ana y San Carlos. La llamada “ruta jesuítica” se estaba convirtiendo entonces en una atracción temática para E. Maeder.

Una evidencia concisa de la gravitación de Maeder en la universidad fue la dirección del Instituto de Historia Argentina confirmando su identificación con esa casa de estudios. Bajo este instituto la revista *Folia Histórica del Nordeste* comenzó a circular desde 1974. A partir de la creación del Instituto de Investigaciones Geohistóricas (1979), *Folia* se integró a este organismo desde 1980 aunque manteniéndose bajo el control de los mismos agentes. Los principales intereses recayeron sobre la historia colonial, siendo la demografía histórica y aspectos comerciales regionales, los ejes relevantes. Maeder, como partícipe fundacional del proyecto, publicó allí regularmente. Entre los artículos se destacaron *La formación territorial y económica de Corrientes entre 1588 y 1750* (1975), donde había adelantado aspectos nodales de sus investigaciones. De acuerdo a la primera presentación pública de *Folia* (Maeder, 1975), además de contribuir a la “afirmación de una conciencia regional”, proyectaba el siguiente objetivo:

Esta hoja histórica tiene el propósito de constituirse en un medio regular de difusión de los trabajos que han surgido como consecuencia del programa de investigaciones sobre el desarrollo histórico del Nordeste argentino (...) El tema primordial de la revista (...) es el horizonte de la historia regional, dando a esta palabra un sentido amplio. Ello no implica renunciar a un

ámbito más dilatado y universal, sino prestar atención preferentemente a los distintos problemas que interesan a la región y que requieren el estudio y la profundización debida (p. 3).

Uno de los logros más redituables de Maeder fue indudablemente haber formado parte de la creación del Instituto de Investigaciones Geohistóricas (IIGHI) en Corrientes, en 1979. Surgido en el interregno de sus dos gestiones –la primera como secretario de Educación y Cultura y la segunda como ministro de Educación–, el proyecto en realidad había estado discurtiéndose mucho tiempo antes. El IIGHI fue el resultado de la conjunción de proyectos preexistentes en institutos de distintas facultades y áreas especializadas de la Universidad Nacional del Nordeste, las cuales se fundaban en el “espíritu” de la universidad desde su gestación consistente en fomentar los estudios regionales. Por lo tanto, el IIGHI no fue una creación espontánea del “Proceso”¹². Sintetizó institucionalmente, por cierto, iniciativas tales como el Proyecto de Estudios Regionales (1976) y el Centro de Estudios Regionales (1977), además de mantener convenios institucionales previos con la Oficina de Progreso Social del Paraguay del país limítrofe (Maeder, 2012: 24). No es infrecuente encontrar posteriormente convenios de trabajo con la Universidade Federal do Río Grande do Sul, puesto que el sur de Brasil había sido alcanzado por los intercambios comerciales. Los vínculos con la Universidad Nacional de Tucumán fueron más que regulares durante décadas. Debe considerarse lo ya analizado por M. L. Salinas, el interés del historiador por la cartografía fue fundamental en sus proyectos:

Construía su propia cartografía, con ayuda de un dibujante en aquellos tiempos, diseñaba sus mapas intentando darle una visión moderna. Ante la falta de una cartografía específica, sobre todo en temas como los de las misiones, construyó diversos mapas siguiendo a la documentación consultada y a otros autores que lo precedieron en este interés. (...) priorizaba la red hidrográfica y en ocasiones los límites nacionales y provinciales como formas de orientación. Para el caso de las misiones son muy valiosos los mapas que fue elaborando porque contribuyeron a visibilizar aspectos que en otras cartografías no eran específicas, por ejemplo las tres etapas de fundación, expansión y reubicación de los pueblos jesuíticos, definiendo criterios para señalar dichos movimientos que hicieron más comprensible el proceso. Fue muy

clara la señalización de vaquerías, estancias, postas, ciudades destruidas, ciudades trasladadas, misiones franciscanas, jesuíticas etc. (Salinas, 2018: 192-193).

Claro que existía una conciencia de la existencia en el plano conceptual de la “Región del Nordeste” y sus complejidades al pretender otorgar forzosamente criterios de unicidad a espacios tan vastos y sus concernientes temporalidades (Maeder, 1977: 7). No faltan razones a S. Leoni y M. Carnicer quienes, tras haber reunido aportes críticos sobre dicha construcción lingüística, afirman que “(...) la región se presentaba como un proyecto antes que un hecho, lo cual ponía en tensión los esfuerzos por fundamentarla con las observaciones de la realidad que los investigadores realizaran desde distintas disciplinas y abordajes” (Leoni y Carnicer, 2015: 206). Aparentemente, la posibilidad de una “región nordestina” rompía con la rigidez territorial del Estado nación. Sin embargo, en la práctica se sustituía un esencialismo por otro: la Nación individual e indivisible era reemplazada por un espacio de proyección netamente trascendental (Leoni, 2015: 167). Es posible que la problematización de la ocupación espacial haya sido tributaria de sus inquisiciones demográficas al apoyarse empíricamente en bases territoriales. Si se tienen en cuenta los programas interdisciplinarios de proyectos renovadores de las décadas del 60 y 70, basados en la convergencia entre la sociología, la economía, y las ciencias políticas logrando una historia social decidida, el proyecto del IIGHI acabó expresando límites inexorables: las áreas disciplinares que confluyeron únicamente fueron la geografía humana y física, demografía, arqueología, cartografía, ecología, aportes frecuentes de distintas ingenierías, escasas aproximaciones antropológicas y enfoques históricos integradores orientados por Maeder y sus colegas¹³.

En la Universidad Nacional de Cuyo, miembros de la universidad mencionada y la Junta Provincial de Historia como los mencionados J. F. Comadrán Ruiz, P. Santos Martínez y E. Acevedo, reconstruyeron los circuitos productivos, la historia de la agricultura y el comercio, aspectos demográficos, concernientes a Cuyo. El auge de estudios fronterizos, durante el conflicto limítrofe con Chile, derivó en la constitución del Centro de Estudios Interdisciplinarios de Fronteras Argentinas (1977). El CONICET aportó numerosos recursos administrados por estos agentes quienes lograron nada menos que asesorar la ampliación del ejido provincial

como resultado de sus propias investigaciones. Posteriormente, surgiría en el período democrático el Centro Interdisciplinario de Estudios Regionales (1986), cuya *Revista de estudios regionales* constituye un ejemplo clásico de enfoques geohistóricos. La proyección cognitiva regional impactó incluso en la Universidad Nacional de San Juan la cual comenzó desde 1980 a desarrollar pesquisas en torno a la región cordillerana favoreciendo la aparición del Instituto de Historia Regional y Argentina “Héctor Arias”.

Paralelamente a estas empresas, el miembro correspondiente por Catamarca de la ANH, A. Bazán, comenzaba a proyectarse a través del Centro de Investigaciones Históricas del Noroeste Argentino (1983), surgido casi en el término del “Proceso” con sede en la Universidad Nacional de Catamarca. En este caso puntual, la “región del Noroeste” conservaba una demarcación cultural y geográfica transhistórica, con énfasis en las singularidades y permanencias, la cual solo se limitaba a distinguir etapas de territorialización política. Muchos de estos historiadores fueron militantes católicos y miembros de la Junta de Historia Eclesiástica, información valiosa si se analiza la importancia asignada a la Conquista y al papel de la evangelización interpretando comunidades espirituales sostenidas en el tiempo. El término “poblamiento”, en lugar de “Conquista”, se relaciona con los calificativos empleados por las autoridades coloniales, e historiadores hispanistas, fieles al decreto de Felipe II de reemplazar el segundo calificativo por el primero. Otras provincias se sumaron a estos impulsos¹⁴. A. Bazán (Bazán, 1999) reivindicaba la supuesta estabilidad de la etapa colonial, con divisiones políticas coherentes, e insistía esencialmente en la “preexistencia de las regiones” al sostener:

La visión regional posee un mérito intrínseco desde el punto de vista epistemológico: nos sitúa en el origen de la trama histórica distinguiendo la procedencia cronológica que las regiones tuvieron en la formación de la nacionalidad. Durante tres siglos hubo un comportamiento regional en lo social, cultural, político y económico. El plan del progreso, definido a partir de la organización constitucional con el trazado ferroviario, el aporte inmigratorio masivo, la colonización de la pampa húmeda y el creciente centralismo político, desdibujó el comportamiento regional y achicó el protagonismo del Interior haciendo de nuestro mapa político un conjunto de ficciones (p. 111).

En la Universidad Nacional de La Plata y la Universidad Nacional de Córdoba, prevaleció un perfil profesional mucho más moderno y distante en relación a los intelectuales de provincia anteriores. Los herederos, en cierta medida, de la “Escuela Histórica de La Plata” –N. Girbal de Blacha, C. Mayo, S. Mallo y S. Amaral– lograron a diferencia de sus mentores adaptarse con éxito a los paradigmas científicos, jerarquizándose en el CONICET y permaneciendo en sus cátedras durante el gobierno de R. Alfonsín. N. Girbal de Blacha, a manera de ejemplo, dirigía luego de la transición a la democracia el Centro de Estudios Históricos Rurales impulsando proyectos vinculados a las consecuencias del modelo agroexportador. Este objeto de estudio lo compartía con colegas como S. Amaral y B. Moreyra, una discípula de C. Segreti con quien, desde la Universidad Nacional de Córdoba y una trayectoria paralela en CONICET, le interesaba explicar las políticas de Estado en torno al desarrollo capitalista pampeano (Girbal de Blacha, 2010). Contemplan los espacios regionales nacionales y también los circuitos mundiales donde se comercializaba dicha producción. Estos historiadores a partir de 1983 se integrarán con los elencos que provenían del exilio o insilio conformando comisiones en las universidades y el CONICET consensuando, pues, la hegemonía académica de la “Nueva Historia”, en particular la “historia social”. La “historia regional” cobraba, así, una proximidad con los enfoques modernos y un lugar institucional expectable representada por agentes que ocupaban escalafones no menores entre los principales dispositivos científicos consagratorios.

Conclusiones

Una aproximación de larga duración sobre los procesos culturales e institucionales que han moldeado la historiografía argentina, como la brindada en este artículo, permite comprender que algunos prejuicios arraigados como la visión “porteñocéntrica” que impregna a las representaciones sobre el pasado no siempre pueden sostenerse del todo. El caso de la ANH y su relación simbiótica con los historiadores de provincia compartiendo, pues, una múltiple participación en instituciones americanistas como el Instituto Panamericano de Geografía e Historia, las juntas provinciales y los archivos, escaños en el CONICET, pero también

considerables cátedras en las universidades nacionales y privadas, acredita que debe cuestionarse en parte esta imagen.

La prolongada y, al parecer irresoluble, tensión simbólica Nación/provincias que recorre casi toda la historiografía argentina da cuenta de que los relatos interioranos en muchas ocasiones han logrado penetrar eficientemente dentro de los principales centros intelectuales del país. Esto fue posible gracias a la alta recepción brindada por agentes de Capital Federal, o La Plata, interesados en su propuesta estética-cognitiva. Tal vez sea necesario afirmar que existen líneas divisorias muy tajantes que poca respuesta otorgan a fenómenos culturales complejos como el señalado. La imbricación a principios del siglo XX entre no pocos intelectuales provincianos y la Nueva Escuela Histórica aceptando y administrando, en simultáneo, la herencia de la historiografía erudita-documental demuestra, en efecto, que los diálogos, intercambios y recepciones no se redujeron a elencos cerrados y realidades localizadas. La solidez de espacios asociativos compartidos, como la JHNA o ANH, atestiguan la comunión de intereses entre los agentes. Si bien las provincias seguían subordinadas a la parcialidad arbitraria de los grandes relatos nacionales, las principales instituciones de carácter oficial –la ANH, las universidades y el CONICET– aceptaron la “política revisionista” de aglutinar los diferentes relatos del *locus*.

Claro que la jerarquía, visibilización y estímulo de estas perspectivas necesitaron, indudablemente, defensores que contribuyeran a su desarrollo. Es por ello que historiadores vinculados al *locus*, sean o no provincianos –debe recordarse que C. Segreti y E. Maeder eran porteños arraigados–, aprovecharan tales sensibilidades y políticas públicas de fomento a las investigaciones en áreas marginales canalizando fondos para proyectos colectivos conducidos por estos. Muchos equipos e institutos de investigación lograron generosos subsidios del CONICET para investigar las realidades históricas del interior. Salvo el proceso político de 2003-2015, pocos gobiernos ofrecieron tantos recursos destinados a la investigación científica como el “Proceso de Reorganización Nacional” (Beckerman, 2011). Durante la última dictadura militar se jerarquizaron los historiadores aquí analizados. La “historia regional” se encontraba entre los tópicos favoritos de sus especializaciones. Si muchas de las historias locales, provinciales y/o regionales no impactaron en el campo académico, en parte deberían revisarse los

circuitos de estas redes y advertir la persistencia de arcaísmos, ensimismamientos temáticos, mitos de exclusividad y posturas cándidas como la de sostener que todo “lo local” es relevante (Leoni, 2015: 174). En definitiva, recursos no faltaron precisamente. Las renovaciones al respecto han sido muy recientes, es decir posteriores al “Proceso”, por lo que los resultados madurativos siguen siendo una promesa. En la década del 90, volvió a evidenciarse la hegemonía provinciana dentro del CONICET donde el mismo Directorio presenció el reemplazo de A. Bazán por N. Girbal de Blacha, dos miembros de número prestigiosos de la ANH, en el área de Ciencias Sociales en 1999.

Notas

1 La ANH –sucesora de la Junta de Historia y Numismática Americana– es una institución de carácter oficial sin fines de lucro dedicada a la promoción e investigación del conocimiento científico, además de asesorar a los poderes públicos de acuerdo a su estatuto. Se compone de menos de 40 miembros divididos entre miembros de número –titulares– y miembros correspondientes por las provincias y países del extranjero. Posee un financiamiento público garantizado por el Estado nacional. Entre sus empresas editoriales se destaca el clásico *Boletín* y la irregular *Investigaciones y ensayos* (Ravina, 1993).

2 Al apreciar el *documento* en instituciones oficiales como la vía regia para la *verdad histórica*, su “cuidado” significaba un honor de modo que implicaba contar con agentes de confianza. Los historiadores y archiveros, cercanos a la ANH y las juntas de historia provinciales, se creían garantes de un capital que les permitía virtualmente el monopolio de estas instituciones. Ellos clasificaban los documentos según criterios unilaterales y procedían a seleccionar materiales a menudo de forma reservada para los consultantes.

3 Los museos, en este sentido, ocuparon un lugar clave expandiéndose bajo la órbita pública en la medida que los estados provinciales y la Comisión Nacional de Museos, Monumentos y Lugares Históricos valoraban sitios impulsando procesos de patrimonialización, fiscalizando inmuebles, restaurándoles y erigiendo sobre estos “lugares de memoria”. Los epígonos, junto con elites culturales provincianas, fueron responsables “naturales” de su gestión independientemente del clima político. A manera de ejemplo, E. De Gandía estuvo a cargo del Museo Histórico Municipal de Capital Federal durante el peronismo y R. Caillet Bois fue director del Museo Histórico de la Casa de Gobierno desde la “Revolución Libertadora” (Uribarren, 2009: 214; Pagano, 2017).

4 Estas filiales se suprimieron en 1960 tras reformularse los estatutos de la corporación. Se justificó la decisión en tanto los miembros correspondientes cumplían eficientemente el nexo con las provincias.

5 Entre 1955 y 1973, la ANH invirtió a 36 historiadores provinciales como académicos correspondientes. El sector que rápidamente había crecido durante la década del 60 era el de los nacionalistas católicos: los mendocinos O. Acevedo, P. Santos Martínez y J. Comadrán Ruiz, el porteño J. M. Mariluz Urquijo y el platense H. Cuccorese, quienes aportaban contribuciones poco frecuentes en la ANH como ciertos abordajes de historia económica y demográfica descriptiva, aspectos de historia jurídica e institucional. Resulta, pues, notable la presencia de historiadores provincianos, muchos de ellos coincidentes en el perfil tradicionalista previo a la profesionalización: abogados, ensayistas, cronistas de épicas militares o “fondos de escena”, escasa producción y diversidad en su especialización.

6 Los historiadores que se habían destacado en esta obra, desafiando el límite de “lo contemporáneo”, se vinculaban a las recientes incorporaciones luciendo sus artículos en el tomo referido a la *Historia económica*. Ellos fueron H. Cuccorese, Roberto Franboschi, José Craviotto, Orlando Williams Álzaga y Walter Bose. Aunque estos abordajes en historia económica eran apreciaciones generales, en términos teóricos algo rústicos y reacios a actualizaciones bibliográficas en comparación con los historiadores del Instituto Torcuato Di Tella, lograron abordar un área poco explorada como lo eran las políticas económicas de fines del siglo XIX y principios del XX. Si bien la historia social estuvo ausente, hubo un intento fallido de incorporación como el caso del estudio de los trabajadores urbanos de J. Panettieri que por recomendación de R. Zorraquín Becú no se publicó.

7 Desde la instalación del desarrollismo y el pensamiento cepalino en los 50, las ciencias sociales experimentaron un auge derivando en la constitución de un campo de saber profesionalizado y la inserción de estos cuadros técnicos en el Estado. La renovación de la historia económica devendría, precisamente, casi siempre no de agentes egresados de las carreras de Historia sino de agentes externos como abogados y economistas que se habían especializado en sus estudios de posgrado en estudios históricos.

8 Carlos S. A. Segreti era profesor de Historia Argentina I e Historia Argentina II en la Universidad Nacional de Córdoba en la cual ejerció desde 1956 hasta 1994. Era miembro de la Junta Provincial de Historia y la ANH.

9 Ernesto J. A. Maeder era docente de Introducción Argentina e Historia Hispánica Argentina en la Universidad Nacional del Nordeste entre 1958 y 2000, miembro de la Junta Provincial de Historia de Chaco, la Junta de Historia Eclesiástica y la ANH.

10 Armando R. Bazán fue docente de Historia Argentina I en la Universidad Nacional de Catamarca, miembro de la Junta Provincial de Catamarca, la Junta de Historia Eclesiástica y la ANH.

11 R. Levene, J. Torre Revelo, y más recientemente E. Maeder y H. Cuccorese entre otros, se habían ocupado de abordajes sobre historia económica provincial: el comercio y su especialización, la capitalización del agro, el crédito, las primeras industrias y la economía internacionalizada orientada a la exportación. Entre los jóvenes epígonos se destacan los casos de C. Mayo, N. Girbal de Blacha y S. Amaral, con giros más audaces. La modernizante década del 60 no dejó ajena a la ANH manifestándose en vertientes internas que se reproducían en distintas universidades con anclajes en CONICET, pero la iniciativa de estos enfoques era todavía marginal y contaba con escasa renovación tanto teórica como metodológica, consecuencia directa de no haberse sumado a redes internacionales que permi-

tieran la recepción de los aportes de las escuelas económicas recientes del campo académico anglosajón. Recién el segundo grupo mencionado revertiría la tendencia actualizándose a los paradigmas.

12 En realidad, durante el tercer gobierno peronista era posible identificar un incipiente interés interdisciplinario entre profesionales de la Universidad Nacional del Nordeste abocados a estudiar aspectos demográficos, físicos, económicos y culturales, apropiándose de conceptos de inteligibilidad comunes. Desde 1976 el apoyo del CONICET materializó la creación de múltiples centros: Maeder figuraba en 1977 como director del Sector Histórico y Geodemográfico del Centro de Estudios Regionales.

13 Para aproximarse a este tipo de abordajes puede tenerse en cuenta los trabajos de A. Bolsi y Maeder en un programa interdisciplinario con ingenieros, geógrafos y botánicos, entre otros especialistas universitarios, encargándose de construir temporalidades sobre las distintas ocupaciones del espacio nordestino desde la Conquista.

14 En la Universidad Nacional de Salta surgió la cátedra de Historia Regional, prevaleciendo S. Mata entre sus mentores, y en la Universidad Nacional de Tucumán la Geografía mantuvo un mayor acercamiento a esta perspectiva que la propia historia.

Bibliografía

Bandieri, Susana y Fernández, Sandra (Coord.) (2017). *La historia argentina en perspectiva local y regional. Nuevas miradas para viejos problemas*. Rosario: Teseo.

Betancourt Mendieta, Alexander (2018). *América Latina. Cultura letrada y escritura de la historia*. Barcelona: Antropos.

Beckerman, Fabiana (2011). “La expansión de las *research capacities* en tiempos de dictadura: la política de creación de institutos en el CONICET y su impacto en la estructura del sistema científico argentino (1974-1983)”. *Revista Estudios*, enero-junio, N° 25. Córdoba: Centro de Estudios Avanzados (UNC-CEA).

Botana, Natalio (1984). *La tradición republicana: Alberdi, Sarmiento y las ideas políticas de su tiempo*. Buenos Aires: Sudamericana.

Bourdieu, Pierre (2002). “Las condiciones sociales de la circulación de ideas”. *Actes de la Recherche en Sciences sociales*, Vol. 145. París.

Brezza, Liliana; Micheletti, María Gabriela y Molina, Eugenia (Eds.) (2013). *Escribir la Nación en las provincias*. Rosario: IDHESI, Conicet.

- Buchbinder, Pablo (2008). “La Nación desde las provincias: las historiografías provinciales argentinas entre dos Centenarios”. *Anuario del Centro de Estudios Históricos “Prof. Carlos S. A. Segreti”*, Año 8, Vol. 8. Córdoba, Argentina.
- Chiaramonte, José Carlos (2013). *Usos políticos de la historia. Lenguaje de clases y revisionismo histórico*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Devoto, Fernando (Coord.) (2006). *La historiografía argentina en el siglo XX*. Buenos Aires: Editores de América Latina.
- Devoto, Fernando y Pagano, Nora (2009). *Historia de la Historiografía Argentina*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Escudero, Eduardo (2010). *Ricardo Levene: un historiador-orador y su modus operandi*. Córdoba: Ferreyra Editor.
- Escudero, Eduardo (2017). “Escenario y temperatura historiográfica: el Congreso de Historia Argentina del Norte y del Centro en Córdoba (1941)”. *Anuario de la Escuela de Historia Virtual*, Vol. 8, N° 11.
- Escudero, Eduardo (2018). “Ramón J. Cárcano: ejercicio de la historiografía, liberalismo y diplomacia. Una aproximación”. *Historiografías*, Vol. 16.
- Eujanian, Alejandro (2014). “El pasado de las provincias. Actores, prácticas e instituciones en la construcción de identidades y representaciones de los pasados provinciales en la Argentina entre la segunda mitad del XIX y la entreguerra”. Presentación al Dossier: El pasado de las provincias. Actores, prácticas e instituciones en la construcción de identidades y representaciones de los pasados provinciales en la Argentina entre la segunda mitad del XIX y la entreguerra. [En línea] <http://historiapolitica.com/dossiers/pasados-provinciales/#> [Consulta: 05/04/2014].
- Fares, María Celina (2011). “Tradición y reacción en el Sesquicentenario. La escuela sevillana mendocina”. *Prismas*, Vol. 15. UNNQ.
- Girbal de Blacha, Noemí (2006). “La Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación y su producción historiográfica entre la «Revolución Libertadora» y la «Revolución

- Argentina». En Fernando Devoto (Dir.), *La historiografía argentina en el siglo XX*. Buenos Aires: Editores de América Latina.
- Girbal de Blacha, Noemí (2010). “La historia regional argentina en tiempos del Bicentenario de la Revolución de Mayo de 1810”. *Mundo Agrario*, Vol. 10 (20). [En línea] http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.4182/pr.4182.pdf [Consulta: 03/11/2018].
- Guzmán, Daniel (2014). *Historia crítica de la historiografía. Santiago del Estero, 1882-1990*. Santiago del Estero: Bellas Alas.
- Halperín Dongui, Tulio (1980). “La historiografía argentina: treinta años en busca de un rumbo”. *Desarrollo económico*, Vol. 25, Nº 100.
- Leoni, Silvia (2015). “Historia y región: la historia regional de cara al siglo XXI”. *Folia histórica*, Vol. 24. UNNE.
- Leoni, María S. y Carnicer, Marimar (2015). “Los procesos de regionalización en el Nordeste argentino en las décadas del ’60 y ’70: el aporte de las Ciencias Sociales”. *II Congreso Internacional Histórica UEPG-UNICENTRO*, Brasil. [En línea] <http://hdl.handle.net/11336/97172> [Consulta: 03/11/2018].
- Martínez, Ana Teresa (2013). “Intelectuales de provincia: entre lo local y lo periférico”. *Prismas*, Vol. 17. UNNQ.
- Micheletti, María Gabriela (Coord.) (2013). *Historiadores e historias escritas en entresiglos. Sociabilidades y representaciones del pasado santafesino 1881-1907*. Buenos Aires: Lumiere.
- Niuebur, Federico y Plotkin, Mariano (2004). *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en Argentina*. Buenos Aires: Paidós.
- Pagano, Nora (2017). “La gestión patrimonial de la Comisión Nacional de Monumentos, de Lugares y de Bienes Históricos. Antecedentes y actualidad”. *XVI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad Humanidades*, Mar del Plata: Universidad Nacional de Mar del Plata, Mar del Plata. [En línea] <https://www.aacademica.org/000-019/618> [Consulta: 03/11/2018].

- Quattrocchi Woisson, Diana (1995). *Los males de la memoria: historia y política en la Argentina*. Buenos Aires: Emecé.
- Ravina, Aurora (1993). “La Academia Nacional de la Historia 1938-1993. Tradición, vigencia y modernización institucional”. *La Academia Nacional de la Historia en su Centenario*. Buenos Aires: Academia Nacional de la Historia.
- Reyna Berrotarán, Denise (2013). “Caminos hacia la institucionalización de la historia en Córdoba: discusiones respecto a sus orígenes (1924-1936)”. En Marta Philp (Comp.), *Territorios de la historia, la política y la memoria*. Córdoba: Alción editora.
- Salinas, María L. (2018). “El Archivo personal de Ernesto J. A. Maeder”. *Anuario Escuela de Archivología*. Universidad Nacional de Córdoba. [En línea] <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/anuario/article/view/21172/20716>
- Suárez, Carlos A. y Saab, Jorge (2012). “El Estado, Ricardo Levene y los lugares de memoria”. *Clío & Asociados*, Vol. 2016.
- Suarez, Teresa y Tedeschi Sonia (Comps.) (2009). *Historiografía y sociedad. Discursos, instituciones, identidades*. Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral.
- Uribarren, María S. (2009). “La Comisión Nacional de Museos y de Monumentos y Lugares Históricos de la Argentina entre 1938 y 1946: el patrimonio cultural y la construcción de una Nación”. *Cuadernos de Historia, Serie Ec. y Soc.*, Vol. 11. CIFYH-UNC, Córdoba.
- Zarrilli, Adrián; Gutiérrez, Talía Violeta; Ruffini de Grandé, Martha E. (1994). “Humanidades, historia económica e historia agraria: originalidad y continuidad en la Universidad de La Plata”. En *Historia y humanidades*. La Plata: UNLP, FAHCE.

Fuentes

- Bazán, Armando R. (1986). *Historia del Noroeste Argentino*. Buenos Aires: Plus Ultra.
- Bazán, Armando (1999). “Visión Regional de la historia argentina”. *Investigaciones y ensayos*, Vol. 49, ene.-dic.

- Carbia, Rómulo ([1921] 1924). *Historia crítica de la historiografía argentina*. Buenos Aires: Coni.
- De Marco, Miguel Ángel (1993). “El edificio del viejo congreso, sede de la Academia”. *La Academia Nacional de la Historia en Centenario (1893-1993)*. Buenos Aires: ANH.
- Levene, Ricardo (1938). “Prólogo”. En *Historia de la Nación Argentina*, Vol. I. Buenos Aires: Academia Nacional de la Historia.
- Maeder, Joaquín E. (1975). “Introducción”. *Folia Histórica del Nordeste*, N° 1. Resistencia, Corrientes: Instituto de Historia de la Facultad de Humanidades-UNNE.
- Maeder, Joaquín E. (1977). “Breve historia del Nordeste Argentino en su relación con Paraguay y Río Grande do Sul”. *Revista de Estudios Regionales*, N° 1, nov.-dic. Corrientes: UNNE.
- Maeder, Joaquín E. (2012). “El IIGHI. Una aventura institucional compartida: la etapa correntina (1979-1983)”. En Joaquín E. Maeder (Coord.), *Estudios y contribuciones*. Resistencia: Con Texto.
- Maeder, Joaquín E. y Bolsi, Alfredo (1976). “Caracteres generales de la ocupación del espacio en el Nordeste argentino”. En Julio C. Espínola, (Comp.), *Estudio interdisciplinario del Nordeste argentino. Documento de trabajo del programa. Impacto de las grandes obras hidroeléctricas del Paraná*. Corrientes: CONICET-PER.
- Martínez Paz, Enrique (1941). “La formación histórica de la Provincia de Córdoba”. *Instituto de Estudios Americanistas*, N° 5. Córdoba: Imprenta de la Universidad.
- Segreti, Carlos S. A. (1970). “Notas para una visión de la Historia Argentina desde la perspectiva provincial y regional”. *Revista de Historia de Occidente*, N° 7. Buenos Aires: Nuestra Historia.
- Weinberg, Félix (1975). “Un aporte a la historia regional para el estudio de la historia regional: el plan de investigaciones sobre la historia regional del sudoeste de la provincia de Buenos Aires”. *II Congreso de Historia de Buenos Aires y sus pueblos, desarrollado en 1970 en la localidad de Tandil*. La Plata: Archivo Histórico de Buenos Aires.